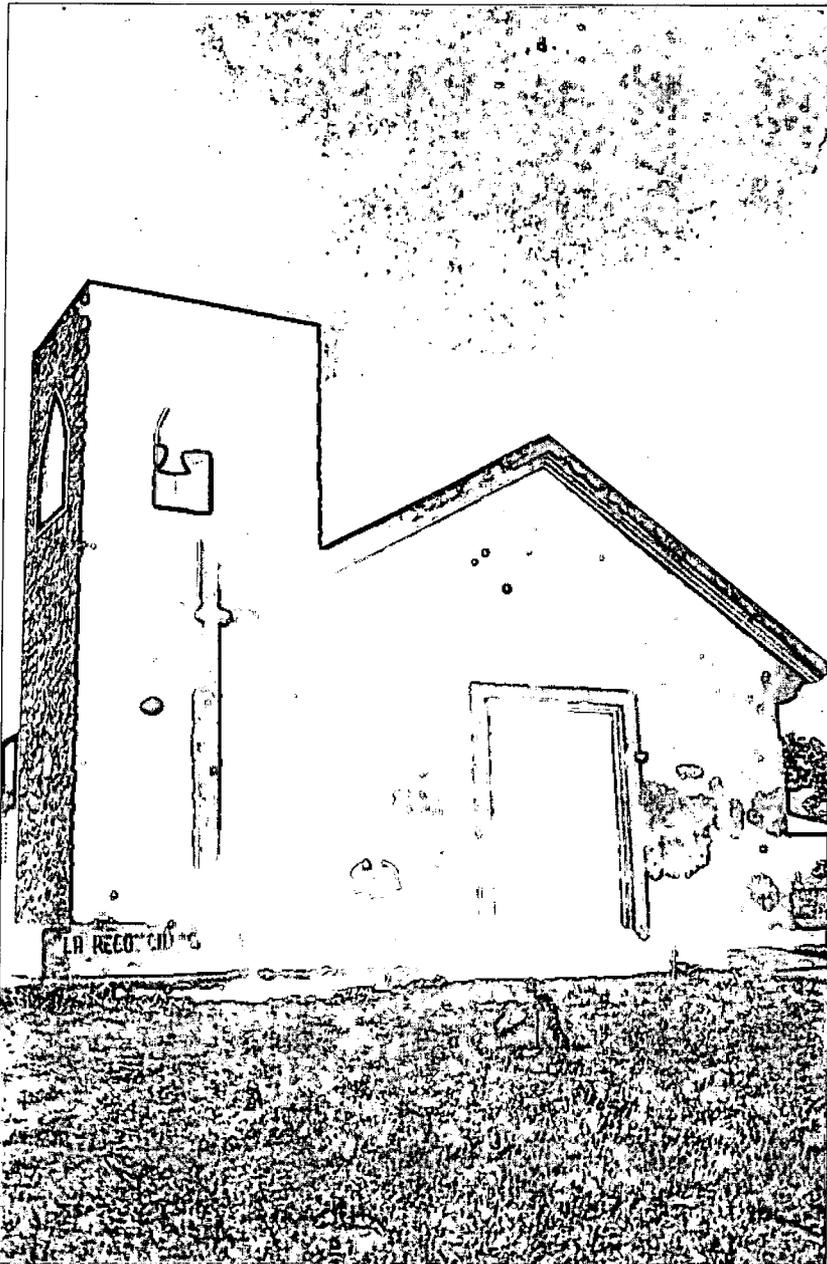


Globalización y cristianismo de cara al siglo veintiuno (y II)



Un par de desafíos desde la perspectiva de un emigrante latinoamericano

OTTO MADURO

III. La globalización como dadora de vida

La carga de nuestro legado imperial

La mayor parte de las iglesias cristianas -especialmente en países con una mayoría cristiana; más aun si las élites dirigentes se ven a sí mismas como "cristianas"- ha tenido la tendencia a tomar de modo muy estrecho el viejo adagio, "extra ecclesiam nulla salus" (fuera de la iglesia no hay salvación). Así, todos nuestros otros -pueblos no-cristianos; pueblos cuya cultura está sólidamente enraizada en un pasado precristiano; gente cuyo modo de entender y vivir la fe cristiana difiere de las iglesias dominantes; o, simplemente, personas cuyas costumbres e iniciativas no parecen compatibles con las perspectivas predominantes en las élites cristianas (sea en el área de la producción económica, las relaciones de parentesco, celebraciones comunales, educación de los hijos, técnicas curativas o maneras de vestir)- han sido demasiado a menudo vistos y tratados por las iglesias cristianas como paganos, o peor: gente que debería re-

Hay, en estos tiempos, otra faceta de los procesos de globalización que presenta un desafío creciente a los cristianos: de criticar y superar esta arrogante herencia de exclusión, percibiendo, aceptando y abrazando a aquellos otros como iguales, es decir, como prójimos, semejantes, co-creadores, corresponsables en el cuidado de la creación

nunciar a su identidad y tradiciones para hacerse aceptables a los ojos de Dios. Por consiguiente, las élites cristianas han usado más de una herramienta para ahogar esas otras voces - desde la "limpieza cultural" a través de las escuelas hasta la represión física, incluyendo tortura y muerte.

Un actual desafío a ese legado

Hay, en estos tiempos, otra faceta de los procesos de globalización que presenta un desafío creciente a los cristianos: de criticar y superar esta arrogante herencia de exclusión, percibiendo, aceptando y abrazando a aquellos otros como iguales, es decir, como prójimos, semejantes, co-creadores corresponsables en el cuidado de la creación.

Muchos son los ingredientes del mundo actual que provocan ese desafío: la enorme cantidad de movimientos que a través del Tercer Mundo subvierten el orden colonial al tiempo que denuncian la complicidad de las iglesias cristianas con los imperialismos noratlánticos; la variedad de luchas - por

la democracia, la igualdad, y el respeto por los derechos humanos, civiles y comunales- que han marcado mucho de este siglo en todas las latitudes del planeta; la irrupción económica, demográfica, ecológica, cultural y militar en la escena mundial de naciones arraigadas en el islam, el judaísmo, el budismo, el shintoísmo, el confucianismo, etc. -donde los cristianos son minoría; la proliferación y subdivisión de las agrupaciones religiosas cristianas y no-cristianas, erosionando las pretensiones exclusivistas de las viejas iglesias cristianas; los procesos de secularización, privatización, competencia, migración y desafección religiosas que constantemente amenazan la afiliación de las élites occidentales con las iglesias cristianas tradicionalmente predominantes; la emergencia, dentro de las propias iglesias -en parte estimulada por la presencia de instituciones y movimientos democráticos, una prensa libre, así como redes internacionales para la defensa de los derechos humanos- de profetas tales como Juan XXIII, Monseñor Romero, Dorothy Day, Camilo Torres, Martin Luther King Jr., Rigoberta Menchú y Dom Helder Câmara, así como de movimientos proféticos (al estilo de las teologías negras de los E.U. y Suráfrica, las teologías de la liberación latinoamericanas, la teología de la lucha en las Filipinas, las teologías feministas noratlánticas y del Tercer Mundo, la teología Minjung de Corea) que denuncian todos la opresión, la represión y la colusión de las jerarquías eclesíásticas con los poderes de este mundo; y, de no menor importancia, la reanimación de las culturas y religiones indígenas en redes y movimientos surgidos de los debates alrededor del Quinto Centenario, en 1992.

Este desafío, aunque parezca fascinante y promisor para muchos, implica asimismo decisiones duras y difíciles. Es demasiado fácil asumirlo de una manera meramente superficial, descuidando la miríada de modos sutiles en que, como cristianos, tratamos continuamente a nuestros otros como de algún modo inferiores: como si tuviesen mucho más que recibir del cristianismo que lo que pueden contribuir a éste -y mucho más que renunciar de su propia herencia que lo que deberían reivindicar, promover y diseminar de la misma-

En torno a las raíces sociales de nuestra arrogancia

Es difícil superar tan arrogante perspectiva. Creo que, entre otras razones, por la manera como hemos sido enseñados en nuestras iglesias cristianas a entender lo que son "verdad" y "salvación" - y, más específicamente, la "verdad" y la "salvación" cristianas- y sus implicaciones.

Los cristianos -occidentalizados como por lo general lo estamos- tendemos a concebimos como estando en posesión de la única, eterna, exclusiva y absoluta "Verdad", en singular y con mayúsculas. Con frecuencia, la única alternativa que podemos concebir al respecto es que "todo vale": que si la "Verdad" no es como nos hemos acostumbrado a entenderla, entonces no hay fundamento alguno para la certeza o la moralidad. O lo uno o lo otro. No hay otra salida. Igualmente, tendemos a entender el cristianismo explícito, visible, institucionalizado tal y como lo conocemos -sumiso ante los dogmas intelectuales y los preceptos morales establecidos por una u otra de nuestras iglesias- como la única, eterna, exclusiva y absoluta vía para la "salvación". Usualmente asumimos que, de lo contrario, el cristianismo sería una total farsa sin valor redentor alguno.

Déjese me sugerir, en primer término, que esta manera de conocer, este marco "epistemológico" de nuestro entendimiento, está íntimamente ligado a y es dependiente de las empresas imperiales -romana, ibérica, británica, holandesa, francesa, alemana, rusa, estadounidense, etc.- con las que el cristianismo tan a menudo se ha entrelazado. Dicho de otra guisa, las iglesias cristianas han sido parte integral del esfuerzo de los imperios noratlánticos por entenderse a sí mismos como providencialmente llamados a llevar verdad, salvación, libertad, orden y progreso a los "otros" pueblos de la tierra -y, complementariamente, del esfuerzo por persuadir a estos "otros" de su obligación a someterse a aquellos imperios. Me luce imposible entender las pretensiones universalistas, absolutistas y exclusivistas de buena parte del cristianismo contemporáneo fuera de las concretas conexiones socio-históricas de las principales iglesias cristianas con las em-

